

EL FIN DEL MUNDO SE ACERCA,
COMIENZA LA CUENTA ATRÁS

2012



WHITLEY STRIEBER

El fin del mundo se acerca. Comienza la cuenta atrás. Cada veintiséis mil años, la Tierra se alinea con el centro exacto de la galaxia. El 21 de diciembre de 2012 volverá a ocurrir. Los antiguos mayas calcularon que esta fecha marcaría el fin, no sólo de nuestra era. El arqueólogo Martin Winters huye de la Pirámide de Giza justo a tiempo para ver cómo explota y de los escombros surge una gigantesca lente. Simultáneamente, los monumentos más antiguos de la humanidad saltan por los aires y dejan ver idénticas lentes. La Tierra está siendo invadida por seres que no son de este mundo.

El escritor Wylie Dale trabaja en su última novela, ambientada en la próxima alineación de la Tierra con el centro exacto de la galaxia, el momento que los mayas predijeron como el fin del mundo. Dale comienza a tener indicios de que lo que está escribiendo está sucediendo en una Tierra paralela. Si nadie lo evita, el 21 de diciembre de 2012, los portales se abrirán hacia el mundo de Wylie y una raza de invasores no sólo esclavizará a la humanidad, sino que devorará sus almas.

PRÓLOGO

LAS LENTES OSCURAS

21 de noviembre

Martin Winters había estado en la pirámide de Keops varias veces y siempre había sentido el mismo asombro y la misma claustrofobia. El trabajo que estaba llevando a cabo allí iba a revolucionar la arqueología y eso era emocionante, pero había estado esperando el descenso al interior del pequeño pozo con miedo.

Su objetivo era recoger muestras de las juntas de los sillares, que le permitirían aplicar la nueva técnica de datación por medias de masa y así resolver su misterio. A lo largo de los tres últimos años, el laboratorio que la Universidad del estado de Kansas tenía en Uriah había datado una docena de yacimientos sudamericanos empleando aquella técnica. Durante los últimos nueve meses habían estado trabajando en la Gran Pirámide, y los resultados habían sido tan desconcertantes, que arqueólogos de todo el mundo, ansiosos por echar por tierra unos descubrimientos que estaban destruyendo sus teorías sobre el pasado, proclamaban a gritos que la técnica no era fiable.

Lo que habían descubierto era que la pirámide no se había levantado en unos pocos años, sino que los trabajos se habían prolongado a lo largo de al menos cuatro fases de varios miles de años de duración, a partir de una fecha

situada al menos seis milenios antes. El faraón de la IV Dinastía, Keops, había levantado la sección donde habían encontrado su glifo, pero la pirámide descansaba sobre una base construida tres mil años antes de su reinado.

Ahora había llegado el momento de estudiar el foso que la pirámide tenía debajo, una cámara funeraria de una época anterior, según creía Martin. Era allí donde esperaba finalizar su estudio sobre la llanura de Giza, porque, según todos los indicios, era la primera obra construida por la mano del hombre en la región.

También había trabajado en otro yacimiento, un edificio muy antiguo llamado el Osirion, donde se habían practicado rituales relacionados con el dios egipcio de la resurrección, Osiris.

Sus descubrimientos eran tan revolucionarios que aún no se había decidido a publicarlos. Todavía no estaba preparado para exponer su técnica a la oleada de críticas que levantaría cuando revelara que lo habían edificado entre 18 000 y 20 000 años antes de lo que se pensaba hasta entonces. También había intentado datar la Esfinge, pero estaba tallada en un único bloque de piedra caliza sólida, por lo que era imposible extraer muestras. Su técnica requería minúsculos fragmentos de las piedras labradas por el martillo del antiquísimo cantero y hubieran estado desde entonces en aquel sitio.

Frente a él se abría el pasadizo de descenso. El gobierno no permitía que la gente entrara en el pozo, y tenía buenas razones para ello. Más de un visitante había tenido un ataque de pánico allí dentro, y el aire estaba tan enrarecido que la asfixia era una posibilidad muy real. Las leyendas que rodeaban el lugar sugerían que los sacerdotes egipcios podían haberlo usado como una especie de cámara de iniciación, presumiblemente para enseñar a los acólitos a sobreponerse al miedo.

—Vale —dijo mientras comprobaba su linterna. Y luego repitió—: Vale.

Ahmad Mahfouz se rio entre dientes.

—Vale.

—Baja tú, so cretino.

Ahmad volvió a reírse, esta vez a carcajadas.

—No es mi máquina la que está volviendo loco a todo el mundo.

Ahmad no era sólo uno de los mejores arqueólogos de Egipto, sino además un hombre dotado de una mente excepcional para la tecnología, así que entendía por qué era tan poco probable que la datación por medias de masa les diera datos erróneos. De hecho, era el santo grial de las técnicas de datación: podía revelar en qué momento se había trabajado por última vez una piedra, siempre que ésta no hubiera estado en contacto con el aire desde entonces, por lo que para conseguir muestras hacía falta perforar profundamente las estructuras y buscar los puntos de contacto internos de los sillares.

En Perú, donde los incas trabajaban la piedra con precisión de joyeros, había sido fácil. En la pirámide y el Osirion, habían tenido que excavar cuidadosamente, con la ayuda de sondas sónicas. Lo mismo que allí, lo que explicaba por qué en aquel momento Martin llevaba bastante equipo.

El pasadizo era muy angosto y tan negro como el carbón. La oscuridad acechaba a aquéllos que se adentraban en él.

—Comprobación por radio —dijo apenas hubo avanzado diez pasos.

—Aún no es necesaria, Martin. Estoy aquí mismo.

—Lo siento, Ahmad. Mira, si salgo de aquí con vida, te invitaré a algo.

—Lleva ahí miles de años. Muchos más de los que nadie pensaba, según tú. Así que, ¿por qué iba a desplomarse precisamente hoy?

Martin siguió avanzando, sintiéndose como un idiota. Al poco lo envolvía un silencio diferente a cualquiera que hu-

biera conocido, y eso que había estado en algunos agujeros realmente silenciosos.

Lo que diferenciaba el silencio de aquel lugar era que, por alguna razón, se le antojaba agresivo. Como si supiera que estaba allí, y hubiera estado esperándolo, y ahora quisiera atraparlo. «Como si tuviera conciencia de él».

Por descontado, estaba todo en su imaginación. No había ninguna presencia maligna allí... ni en ninguna otra parte. No existían los fantasmas ni los dioses. Aquello era simplemente lo que ocurre cuando uno se adentra por un túnel angosto con seis millones de toneladas de piedra encima.

Si algo no habían sido los antiguos egipcios eran estúpidos. Eran plenamente conscientes de aquel efecto, razón por la cual habían excavado el pozo precisamente en aquel lugar. La idea más extendida en la comunidad arqueológica era que se trataba de una tumba, pero eso no estaba claro en absoluto. La mitad de la estructura estaba formada por una extraña y tosca plataforma erizada de protuberancias rocosas. Desde luego no era un lugar para albergar un sarcófago, y el resto de la sala, dominado por una grieta diagonal de unos dos metros de profundidad excavada en el suelo, era igualmente extraño. Martin esperaba encontrar en las paredes del pozo la mampostería que tanto necesitaba para concluir sus investigaciones.

Llegó a la cámara propiamente dicha. En aquel momento se encontraba más de veinticinco metros por debajo de la base de la pirámide. El aire era denso y frío, pegajoso incluso. Su detector de gases revelaba que, aunque los niveles de dióxido de carbono eran elevados, básicamente no corría peligro. Llevaba un respirador de emergencia con una reserva de oxígeno de una hora de duración, tiempo más que suficiente para salir de allí si llegaba a consumir todo el aire de la estrecha cámara. O, en caso de que ocurriera lo peor, para asfixiarse más lentamente.

—Ya he llegado —dijo por la radio.

Sólo le respondió el silencio. Un silencio muy largo.

—¡Mahmoud!

—Oh, perdona, *effendi*. Estaba descansando y tomándome un té.

—¡Que estoy acojonado, tío!

—Lo sé, y por eso intento tomarte un poco el pelo.

Mahmoud era un tipo fantástico, y un científico de primera, pero el abismo cultural que separaba a Martin de un musulmán que se había criado cuando aquello era todavía territorio turco y ahora tenía que tratar con las autoridades británicas era demasiado grande.

—No olvides que soy americano —dijo. No era momento de hacer bromitas con la radio.

Respiró hondo una vez, y luego una segunda. Abrió la bolsa donde llevaba el equipo y sacó el radar. Era capaz de penetrar más de tres metros en la piedra caliza, y mostrar una imagen de lo que había en su interior. En otras palabras, podría localizar las juntas internas de la construcción.

Su plan era introducir el pequeño taladro a poca distancia de una de ellas y luego extraer un poco de piedra de la propia junta.

No encendió la linterna. Sabía lo que había a su alrededor, y prefería no ver lo cerca que estaban las paredes. Sin embargo, el techo tenía más de tres metros de altura, por lo que ya no tenía que andar encorvado, como en el pasadizo.

Los problemas de espalda eran la maldición del arqueólogo. En las excavaciones era imposible trabajar sin encorvarse o retorcer el cuerpo, muchas veces durante horas y horas seguidas, a menudo en espacios confinados, y cuanto más viejo se hacía uno, más lo notaba. A sus treinta y cuatro años, él aún no lo notaba mucho, sobre todo gracias a la natación, el squash y... vaya, a Lindy. No, él ejercitaba convenientemente la espalda. Para eso tenía dos hijos. Y también una esposa que estaba tratando de conseguir uno

de los empleos más increíbles del mundo. Desde que en el año 2010 la NASA anunciara que existían los OVNI de verdad, objetos voladores guiados por alguna inteligencia, extraterrestre o procedente de un universo paralelo, el seminario de Física de Propulsión Avanzada había estado haciendo horas extras para tratar de averiguar cómo funcionaban.

Lindy estaba profundamente implicada en los politiqueros de la comunidad científica porque quería que la nombraran miembro de aquel seminario.

Cómo esperaba conseguirlo una profesora de una universidad que ocupaba un lugar tan bajo en la lista de *U. S. News* como la suya era algo que Martin no terminaba de entender. Sin embargo, ella estaba decidida, casi hasta el punto de la obsesión, a participar en un descubrimiento capaz de llevar a la humanidad, literalmente, más allá de las estrellas.

Por su parte, Martin trabajaba en el seno de la comunidad arqueológica, lo que explicaba en parte por qué su revolución estaba, a su modesta manera, cosechando una oposición tan feroz. Pero es que las cifras no engañaban: había que revisar a partir de cero toda la historia humana, por la sencilla razón de que las estructuras más antiguas y misteriosas estudiadas hasta la fecha eran mucho más antiguas de lo que se había creído hasta entonces.

Pasados unos momentos de espera, el ordenador que controlaba el radar terminó de orientarse y la pantalla empezó a mostrar una imagen inteligible.

—Tengo una imagen —dijo por radio.

—Estupendo. Vas bien de tiempo.

El Departamento Imperial de Antigüedades les había dado una hora para trabajar, de cuatro a cinco de la mañana, que era cuando empezaba la visita turística «Pirámides al Alba». Las autoridades no querían que hubiera actividad en la zona de las pirámides cuando empezaran a aparecer los turistas. Inevitablemente, alguien se metería en el pozo.

Lo que acarrearía problemas al pobre arqueólogo que estuviera allí dentro, tratando de trabajar y también, cómo no, a los pobres lugareños que bajaran allí para entonar sus cánticos o quién sabe qué.

Consultó su reloj. Eran las cuatro y media en punto. Aún tardaría un rato en perforar, conseguir la muestra y extraerla. No iba bien de tiempo. Más bien justo.

Sólo alguien con experiencia en el tema podía interpretar correctamente la lectura que presentaba la diminuta pantalla del escáner. Estaba pegado a la segunda fase del pozo, mucho más estrecha, tratando de evitar el agujero de siete metros de profundidad excavado en su día por Caviglia, y después de él por el explorador —¿o saqueador?— británico, Howard-Vyse. La pantalla verde emitía un fulgor trémulo. La tonalidad de las lecturas se volvía más clara cuando la roca era más densa, y más oscura cuando la densidad se reducía.

En ese momento encontró lo que estaba buscando: una línea oscura y recta. Indudablemente, una juntura. Durante años, todos habían dado por sentado que el pozo estaba excavado en la roca viva. Hasta que las imágenes extraídas por radar desde lo alto no habían revelado que había paredes allí abajo, la comunidad científica no se había dado cuenta de que el foso estaba hecho de sillares.

—Comienzo la perforación.

—Recibido.

Sacó la larga y fina broca y la colocó en el taladro. Costaba veinte mil dólares, porque la punta era de diamante y el resto del acero más duro que existía, con un coeficiente de dureza de 920 según la escala de Knoop. Tenía un diámetro como el de tres agujas.

Mientras empezaba a trabajar con ella, se preguntó cómo era posible que los egipcios hubieran podido vaciar recipientes de diorita con taladros poco más gruesos que el suyo. Su broca no podría penetrar en la diorita. De hecho, le estaba costando hacerlo con aquel granito, así que tuvo

que parar un momento para dejar que se enfriara. Aunque llevaba tres brocas, si las rompía agotaría todo el presupuesto. Tenía planeado realizar excavaciones similares por todo el mundo. Puede que Lindy fuera a llevar a la humanidad a las estrellas, pero él estaba reescribiendo la historia, y eso también era muy importante.

Fue entonces cuando reparó en la vibración. La sensación llegaba hasta él a través de los zapatos.

—¿Ahmad?

—Dime.

—Está pasando... algo. Percibo una vibración.

—Será que el taladro ha generado un armónico.

—Posiblemente, pero ya lo he apagado.

Mientras esperaba allí parado, la vibración se convirtió en una pulsación. Era rápida, regular, como si la generara una máquina. De no haber sabido que era totalmente imposible, habría pensado que habían activado una especie de compresor en algún lugar por debajo de la cámara.

Lo que estaba sintiendo debía de ser la maquinaria de alguna fábrica de El Cairo, que iniciaba en aquel momento su jornada de trabajo. Algo así podía hacer vibrar toda la meseta de piedra caliza.

—Ya sé, es de la ciudad. Alguna fábrica.

—Han abierto una nueva fábrica de herramientas a un kilómetro de aquí.

—Será eso. —La vibración, un nuevo tipo de contaminación. Iba a ser un infierno para el mundillo arqueológico. Volvió al trabajo.

Ahora que la broca se había enfriado, hacía más progresos tocando simplemente la superficie, sin tener que presionar. Además, a mayor profundidad, la roca era más endeble. Cuando llevaba algún tiempo trabajando, se percató de que le caía polvo encima. Una vez más, dejó de taladrar. Utilizó la linterna para ver de dónde caía la llovizna de polvo. Venía del techo.

Con sorpresa, descubrió que la piedra estaba soltando pequeños géiseres de polvo, como si algo la estuviera comprimiendo o presionando desde arriba.

—¿Ahmad?

—Sí.

—¿Pasa algo encima de nosotros?

—Ahora que lo dices, antes he visto un chacal. Creía que ya no quedaban por aquí.

Siguió trabajando. Ya sólo le quedaban escasos milímetros de la muestra que necesitaba. El taladro se movía... ¡Ya! Ahora sólo tenía que sacarlo e introducir la herramienta extractora, una diminuta tenaza hecha del mismo acero endurecido.

Sacó la herramienta plateada de su estuche, la insertó en el generador por aire comprimido y cinc que usaba como motor y luego la introdujo en el agujero perforado por el taladro. O, más bien, lo intentó. Con la vibración era más difícil que enhebrar una aguja.

—¿Sabes si esa fábrica para las máquinas a alguna hora?

—Sal, Martin.

—¿Por qué?

—Porque estoy empezando a sentir la vibración aquí arriba, y eso no debería pasar.

A esas alturas, habían empezado a caer pequeños fragmentos de roca desde el techo, y Martin sabía que eso no era normal. La razón era que el suelo estaba limpio, y la sala vacía. Por consiguiente, lo que estaba pasando tenía que ser algo que no había ocurrido hasta entonces. Y Ahmad estaba en lo cierto. Debía salir de allí cuanto antes.

Pero sólo le quedaban unos milímetros para terminar. Estudió la pantalla, que no paraba de vibrar, y manipuló el instrumento.

—¿Martin, vas a subir?

—Un momento.

—¿No sales? ¿Qué estás haciendo?

No respondió. Las pulsaciones iban en aumento... *Whoomp... Whoomp... Whoomp...* Cada vez le parecía más difícil conseguir el diminuto fragmento de piedra que necesitaba.

Hubo un estruendo, y un fragmento del techo que debía de pesar cerca de un cuarto de tonelada se precipitó hacia el interior del pozo de Caviglia, pasando a su lado.

—La policía está aquí. Dicen que salgamos.

—Ya voy.

Pero el instrumento no estaba aún en posición. Sin despegar la mirada de la pantalla, empezó a manipularlo frenéticamente. El peso de la estructura que tenía encima lo oprimía como una inmensa mano asfixiante.

Pensó en Lindy, en Trevor y en Winnie, y extrajo el instrumento. Otro bloque cayó del techo, y supo que tenía que salir de allí. Empezó a recoger el instrumental.

¡Whoomp! ¡Whoomp! ¡Whoomp!

No era un terremoto. Los terremotos no se sentían así. Allí abajo había una máquina, tenía que haberla.

Una sucesión de sonidos semejantes a disparos llegó resonando desde el pasillo. Entre el polvo, la luz de Martin reveló que las paredes estaban cubriéndose de grietas.

Se precipitó hacia el pasillo, encorvado, medio corriendo y medio a rastras, desgarrándose la piel de rodillas y manos, y huyó mientras el túnel se retorcía y bamboleaba como un tubo de goma en las manos de un gigante loco.

Gritando, corrió hacia la salida. El suelo se hacía pedazos bajo sus pies; a su alrededor caía una lluvia de piedras; cada vez le era más difícil avanzar. Las pulsaciones, grandes convulsiones de la propia tierra, eran enormes.

Y entonces aparecieron unos brazos, y gente que tiraba de él, y vio que había salido al exterior... Y se dio cuenta de que estaban fuera de la pirámide. Tosiendo, con los ojos cubiertos aún por una gruesa capa de polvo, se alejó tambaleándose mientras trataba de rehacerse.

¿Qué diablos estaba ocurriendo?

—¡Corre, Martin!

Sintió que alguien tiraba de él. Logró limpiarse los ojos lo suficiente como para ver y, al volverse, se encontró con la cosa más extraña que hubiese presenciado en toda su vida.

La fachada norte de la gigantesca estructura estaba cubierta por unas ondas gigantescas. Era como si los sillares de piedra estuvieran licuándose y amenazaran con derramarse formando una especie de extraña colada de lava.

Vocalizó las palabras, demasiado aturdido para pronunciarlas: *la pirámide está desplomándose*.

Entonces empezaron a sonar sirenas: primero una sola, y luego más, hasta que su sonido electrizó el aire. En la lejanía, una columna de autobuses de turistas, que se dirigían a las pirámides, inició unas torpes maniobras para dar la vuelta en mitad de la carretera.

Martin siguió a Ahmad y a los tres policías hacia el muro que delimitaba la zona arqueológica. Y de pronto resonó un ruido. Fue como un aullido emitido por la misma garganta del mundo, como un reactor al caer en picado a tierra, como un millón de dementes quemados vivos.

Martin se volvió y vio que la pirámide estaba hinchándose, transformándose en un bloque de enormes dimensiones, y luego su forma piramidal desaparecía al salir despedidas hacia la luz del alba las piedras que habían descansado allí durante miles de años.

Por todo El Cairo y la ribera del Nilo, la gente se volvió hacia el sonido, hacia Giza. Lo que vieron les resultó irreconocible, y totalmente incomprensible: una enorme columna negra, salpicada de puntos marrones, ascendía vertiginosamente hacia los cielos.

Cada uno de estos puntos era una piedra de entre una y tres toneladas de peso, y del tamaño de un coche grande. Y todas ellas iban a caer sobre los millones de personas indefensas que abarrotaban las calles de la ciudad.

Martin lo vio con toda claridad. En aquel momento pensaba que un grupo terrorista había detonado un arma nuclear debajo de la pirámide. Había tenido la increíble desgracia de encontrarse en su interior en el momento en que la milenaria estructura, la más famosa edificación de toda la Tierra, tocaba a su fin.

Cuando el gran surtidor de piedras alcanzó su apogeo, a una altitud de más de tres kilómetros, Martin se agazapó detrás del muro. No era un hombre religioso, así que estaba sorprendido por la profunda sensación de paz que lo embargaba. Le había llegado la hora. De eso estaba seguro.

Pero, en ese momento, un violento ataque de miedo hizo que se agarrara la cabeza y empezara a gritar en medio del creciente rugido de la colosal explosión.

Y entonces se detuvo. Ante sus ojos apareció una imagen de Lindy, la mujer más hermosa que jamás hubiese visto y uno de los seres humanos más sabios que había conocido en toda su vida. Decidió que moriría así, con esa imagen en sus pensamientos.

Y luego oyó la voz de Trevor, tan clara como si estuviera allí delante, que le decía: «¿Cuándo va a volver papá?». Y la de Winnie, que respondía con ceremoniosa delicadeza: «Trevor, no seas impaciente. Volverá cuando termine».

Poder oír sus voces, y el reloj del pasillo al dar la hora con ocho profundas campanadas, se le antojó en aquel momento la cosa más natural del mundo.

Un silbido se transformó en un chillido, y éste a su vez en el bufido de un caballo. Y entonces cayó una roca sobre el desierto, a diez metros escasos de él. La tierra se estremeció, dejando a Martin sin aliento. Vio a Ahmad, los ojos vidriosos de horror, los labios separados, con la mirada clavada en él.

Otro bloque cayó al suelo, seguido por otro más, y luego fue como si se desatara una lluvia de rocas, entre los gritos de los presentes, y sobre ellos, el estruendoso crujido

de las piedras al aplastar coches y autobuses, y el lejano rugido de las que caían al Nilo y las explosiones de las que bombardeaban El Cairo. Una hilera de casas de medio kilómetro de longitud desapareció en una nube de polvo; la carretera quedó sepultada; los coches se internaron en el desierto serpenteando violentamente; un autobús que trataba de escapar resultó alcanzado en la parte de atrás y levantó su sección delantera como un perro hambriento, antes de explotar en una deflagración de llamas y gritos desolados y desgarradores.

La catástrofe continuó y continuó, durante lo que a Martin le parecieron horas, y luego días, y luego fue como si se adentrara en una especie de eternidad, una interminable explosión. Como si siempre fuera a caer otra roca desde el cielo, a levantarse otro coro de gritos, a producirse otra sacudida estremecedora.

Hasta que todo llegó a su fin. De repente, se produjo un silencio aún más profundo que el que había oprimido a Martin en el pozo. En parte se debía a que su oído izquierdo había ensordecido y el derecho oía un zumbido que no desaparecería durante varios días. Y en parte, a la impresión de ver lo que parecía una especie de acantilado donde antes había estado Ahmad, a poca distancia de él. A su lado, había un policía tendido boca arriba, contemplando el cielo con los ojos abiertos, muerto de terror. Un turista alemán deambulaba de un lado a otro, exclamando a viva voz: «*Morgen hat gebrochen, Morgen hat gebrochen*».

Ya había amanecido. Y, como un trueno llegado del este, el sol se levantaba detrás de la llanura cuajada de historia de Giza, envuelta ahora en humo y cubierta de escombros.

Martin se puso en pie. Se alojaba en el hotel Mena, al otro lado de las pirámides, y hacia allí dirigió sus pasos. Se dio cuenta de que se tambaleaba al caminar, pero no le importó. Los demás fantasmas de la devastada llanura estaban haciendo lo mismo.